

CAPITULO XXXII.

La venganza de una mora.



FÁTIMA pertenecía á una familia zegrí que vivía en Guadix.

Su padre habia sido un valeroso soldado, y no teniendo más hija que ella, se habia consagrado á su cariño amándola más que á las niñas de sus ojos.

Llegó Fátima á los diez y ocho años, y era tal su hermosura, que hasta el mismo Hamet Zeli, ántes de ser caudillo de las tropas que defendían la ciudad de Málaga, despues de haberla visto quedó prendado de su hermosura é hizo los mayores esfuerzos para que su padre se la diera en matrimonio.

Pero la jóven rechazó los ofrecimientos del ilustre zegrí, y se obstinó en no separarse del lado de su padre.

Tanta obstinacion tenia por fuerza que ser motivada por algun otro amor, y Hamet Zeli, no ménos obstinado que ella, se propuso averiguar quién le robaba su corazon para destruir los obstáculos y realizar su sueño dorado, que no era otro que poseerla.

Encargó á una de sus esclavas que la vigilase de cerca, y no tardó en saber que Fátima era amada por un jóven árabe de la tribu de los gomeles, que en los combates en que habia tomado parte se habia distinguido por su valor, lo mismo que en las cañas, por su destreza y gallardía.

En efecto, Fátima le amaba con delirio, y respondiéndole á

las preguntas que con insistencia le hacia su padre para saber por qué razon habia desechado las ofertas de un personaje tan distinguido como Hamet Zeli, le confió aquel amor que sentía en su pecho, asegurándole que, si no bendecía su amor seria la más desgraciada de las mujeres.

Convencido el padre de Fátima de la sinceridad con que hablaba su hija, aprobó su resolucion, y Hamet Zeli no tardó en saberlo.

Pero fué llamado á Málaga para dirigir la defensa del sitio, y tuvo que abandonar su venganza.

Alí-Ben-Fuz, que así se llamaba el amante de Fátima, profesaba un odio inmenso á los cristianos.

Fátima, que tambien odiaba á los enemigos de su religion, avivaba este rencor en su pecho.

Alí-Ben-Fuz salió de Guadix con las tropas del Zagal á atacar á los cristianos para distraer sus fuerzas del sitio, y en aquella jornada estuvo á punto de perecer bajo los golpes de cuatro soldados que le habian aprisionado, cuando Colon, deteniendo el brazo de aquellos hombres con sus palabras, diciéndoles que era indigno luchar cuatro contra uno, le dejaron en libertad.

El moro agradeció á Colon que le libertase la vida, porque la idea de perder á Fátima le horrorizaba, y para demostrarle su agradecimiento le dió un amuleto que su amada habia puesto en su pecho ántes de partir, diciéndole:

—Con esto te pago; los que llevan este amuleto son siempre protegidos por Alá. No tengas miedo á perecer á los golpes de los alfanjes mahometanos.

Y partió.

Pero al ir á incorporarse con los suyos, cayó en poder de Abdallah, que como hemos dicho ántes, dominado por la ambicion, era el peor enemigo que tenían los árabes, y no

tuvo más remedio que enviarle á Málaga por haberle reclamado Hamet Zeli como prisionero de guerra.

El caudillo que no habia olvidado los desdenes de Fátima, experimentó una inmensa alegría al tener en su poder á su amante.

No podia vengarse de él de una manera ostensible, porque Alí-Ben-Fuz era uno de los soldados más valerosos y que más simpatías inspiraba á su ejército; pero lo que por la fuerza no podia conseguir, lo encomendó á la astucia.

Al poco tiempo de llegar á Málaga, reuniendo á sus capitanes más distinguidos, les dijo:

—Los sitiadores no se cansan; no conseguiremos quebrantar su fortaleza. Solo hay un medio de herirles de muerte: este medio es quitar la vida á sus reyes.

La idea fué aprobada, y se pasó á la eleccion de los medios.

—El más sencillo, dijo, es que el más aguerrido, que el más noble, que el más valiente de nuestros soldados llegue en son de paz á la tienda de los monarcas cristianos, y una vez en su presencia, clave en su corazon una afilada gumía.

Fué aprobado este plan, y muchos de los circunstantes se ofrecieron para llevarle á cabo.

Hamet Zeli designó á Alí-Ben-Fuz, y al comunicarle que habia recaído sobre él tan honrosa eleccion, luchó un instante entre la posibilidad de su muerte, y por consiguiente el sacrificio de su amor, y el triunfo de sus armas, y lo sacrificó todo á la gloria de la causa que defendia.

Una esperanza le animaba al partir á desempeñar aquella arriesgada mision: la de que despues de consumir el crimen, podria abrirse paso con su robusto brazo á través de las huestes castellanas, consternadas por la muerte de sus reyes.

Alí-Ben-Fuz ignoraba la negra perfidia de Hamet Zeli

Al mismo tiempo que partia al campamento cristiano Fátima, que habia sabido la prision de su amado, acompañada de su anciano padre, llegaba á Málaga y se enteraba de la mision que Alí-Ben-Fuz habia ido á desempeñar.

Desde luego comprendió que Hamet Zeli habia llevado á cabo su venganza, y creyendo que aún seria tiempo, sin hablar á su padre, saliendo precipitada y cautelosamente, llegó hasta el campamento de los cristianos, como recuerdan nuestros lectores, precisamente cuando habia ya sufrido Alí-Ben-Fuz el castigo de su atentado.

Todo el dolor que experimentó su alma se convirtió en profundo é implacable rencor hácia el infame Hamet Zeli.

La reina se enteró por medio de intérpretes de la desventura de aquella desgraciada, y dió los órdenes á su servidumbre para que la agasajasen y cuidaran hasta que entrasen en Málaga las tropas cristianas y pudieran volver á reunirse con su anciano padre.

Fátima devoró en silencio sus amarguras, y los días que tardaron los reyes en someter á la ciudad los pasó acariciando un terrible proyecto de venganza.

El hombre que habia muerto sus ilusiones, que habia sido verdugo de su amor, debia sucumbir.

Con varonil entusiasmo llegó, como recuerdan nuestros lectores, hasta su prision, y allí, lanzando sobre él una mirada de hiena:

—¿Me conoces? le dijo.

—Sí, contestó Hamet Zeli, recreándose una vez más en su peregrina hermosura.

—Tú has sido el verdadero asesino de Alí-Ben-Fuz, de mi único amor, de mi única felicidad, y su muerte pide venganza. ¡Muere!

Y asestándole un golpe con la cortante gumía que habia

servido á Alí-Ben-Fuz para cometer el atentado, y que ella habia guardado cuidadosamente como una prenda de su bien amado, le obligó á prorumpir en gritos pidiendo socorro.

A sus gritos se presentó el alcaide.

Fátima quiso hablar á la reina.

Conducida, despues de obtener la vénia de su majestad, al palacio moro, convertido en alcázar de los reyes, era tal la hermosura de la musulmana y respiraba su rostro tal satisfaccion, que los mismos soldados, y hasta los árabes que habian quedado en la ciudad, no pudieron á su paso por entre las turbas ménos de admirarla, y desear que fuese perdonada.

Presentóse Fátima á la reina, y no tardó en reconocerla.

Explicóle la causa de su venganza, y no imploró perdon.

—He cometido un crimen, la dijo; castígame si quereis: Alá me perdonará, porque he matado á un réprobo.

La reina intercedió con su esposo, y la dijo despues de obtener lo vénia del rey:

—Las leyes de mi reino castigan con la muerte á los asesinos; pero quieren que los reyes puedan perdonar á los que no son malvados: yo te perdono.

—Solo de un modo, gran señora, acepto vuestro perdon: admitidme como vuestra esclava.

No bien habia terminado de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron rumores en la antecámara.

Preguntaron los reyes qué los motivaba, y no tardaron en saber que un anciano, que debia ser su padre, deseaba postrarse á los piés de los reyes para pedirles el perdon de su hija.

Aquel anciano, enemigo tenaz de los cristianos, habia estado á punto de cometer un crimen de un modo muy distinto y con circunstancias mucho más agravantes que las que habian precedido y acompañado á la venganza de Fátima.

Colon que no se habia apartado de su amigo don Alvaro desde que cayó herido, entró con él en la ciudad al lado de la litera en que le llevaban, y sintiéndose desfallecido don Alvaro, porque estaba muy débil todavía, entró con él en una casa morisca para que reposase un instante, y el padre de Fátima, que se habia afligido en extremo, que se hallaba poseido de una inmensa desesperacion ante la idea de perder á su hija y por la derrota que habian sufrido los reyes moros, concibió el proyecto de vengarse en aquellos cristianos.

Al ver que pedia Colon una alcarraza de agua, echó en ella un veneno sin que nadie lo viera.

Afortunadamente se detuvo Colon para hablar algunas palabras con un moro que sabia el caste llano, y refiriéndole el ilustre genovés la historia del desgraciado Alí-Ben-Fuz, para convencerle de la amistad que con él habia ligado, le enseñó el amuleto que le habia dado el moro como una prueba de su amistad.

El anciano, que no entendia su conversacion, fijó sus ojos en el amuleto y no tardó en reconocerle.

Aquel talisman habia estado en poder de su hija.

Inquirió por qué causa se hallaba en poder de Colon, y lo supo precisamente en el momento en que Colon iba á acercar sus labios el agua envenenada.

Instantáneamente se precipitó sobre él, y arrebatándole bruscamente la alcarraza de las manos, la arrojó al suelo.

Mediaron las explicaciones necesarias, y fueron interrumpidos por la noticia del suceso que habia acaecido en la prision de Fátima y Hamet Zeli.

El anciano pudo estrechar entre sus brazos á su hija; pero experimentó una nueva desdicha al saber su resolucion de que darse al lado de los reyes vencedores.

No pudiendo sufrir tan honda pena, aquella misma noche abandonó á Málaga para retirarse á Granada.

Una vez el ejército cristiano en posesion de Málaga, de la que habian huido casi todos sus moradores árabes, concedieron los reyes casas y tierras à aquellos de sus vasallos que desearon establecerse en la ciudad conquistada, y la convirtieron en cabeza de una diócesis, que abrazó la mayor parte de las conquistas últimamente hechas por la parte meridional y occidental de Granada.

Los reyes, y con ellos su séquito, del que formaban parte don Alvaro de Portugal y Cristóbal Colon, regresaron à Córdoba, en donde no tardó en hacer estragos la peste que se desarrolló en aquella ciudad.

Colon, estimulado por sus protectores, siguió à los reyes, à Aragon, adonde se encaminaban, con el fin de que las Cortes reconocieran al príncipe don Juan, su hijo, y al mismo tiempo con el de castigar los desórdenes que en aquel país se habian sucedido durante la ausencia de los monarcas, teniendo ocasion de conocer allí y de entablar gran amistad con don Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas y tesorero del rey de Aragon.

Los soberanos pasaron el invierno en Zaragoza, sin que Colon lograra que se resolviese su pretension; emprendieron una ligera campaña en Murcia, y se retiraron à terminar el invierno en Valladolid, adonde tambien les acompañó el ilustre genovés.

Desgraciadamente no estaba à su lado Don Alvaro de Portugal, y la influencia de fray Fernando de Talavera, que no hacia más que detener el informe del Consejo, que tambien habia presidido, obligó à Colon à caer de nuevo en el desaliento.

Sin embargo, cada dia aumentaban sus relaciones con poderosos protectores.

El duque de Medinaceli se habia unido à los que le ampa-

raban; la marquesa de Moya, que le habia cobrado gran afecto, no cesaba de hablar à la reina en favor suyo.

Las cuestiones políticas, las luchas del momento, absorbian la atencion de los reyes, y el tiempo pasaba sin apagar la sed que devoraba el alma de Colon.

Su situacion era entonces mucho peor que ántes de merecer la proteccion de tan altos personajes.

Si bien es verdad que entonces desconfiaba por completo de alcanzar el favor de los reyes, tampoco tenia grandes motivos de esperarlo, y las penas de su corazon se endulzaban con la felicidad que le inspiraba el cariño de Beatriz.

Pero despues de haber perdido aquella mujer, que tan gran consuelo habia ofrecido à su corazon, habia visto à los reyes, habia concebido esperanzas, y al convencerse de que no las realizaba, la duda, todavia la duda, ese tormento que hace sufrir más que la realidad, porque entonces no se atrevia à perder el terreno ganado, à abandonar la corte de España, y por otra parte, nada lograba en ella.

Su nombre y sus proyectos eran ya conocidos; sabíase tambien la proteccion que le dispensaban los reyes, y estas noticias traspasaron la frontera de España.

Dos sucesos que en cualquiera otra ocasion hubieran llenado de alegría al entusiasta marino, vinieron à aumentar su incertidumbre.